

FIN DE SIGLO

15
CÉNTIMOS



Miércoles 12 de Agosto de 1891

Año 1 — Núm. 4

PRIM DE SIGLO

ALGO

Pues, señor, precisamente esta semana que ha sido pródiga en acontecimientos, me pilla a mí sin pizca de ganas de escribir, para que se cumpla aquel refrán que dice: «Dios dá pan á quien no tiene muelas.»

Bien es verdad que yo voy á caza de sucesos alegres y divertidos y los de esta semana no han tenido de lo uno ni de lo otro.

La salvajada del Buensuceso en Barcelona; el asesinato en un convento en Portugal; la inauguración (!) del patíbulo eléctrico en Nueva York.... ¡qué sé yo! cualquiera hace una crónica regocijada con estas noticias.

Veamos la sección telegráfica de los periódicos por si acaso llevan algo á que se le pueda sacar punta.

«Sigue la crisis monetaria portuguesa...»

Fuera. esto es tan triste como lo otro.

«Ha perecido ahogado en el río Llobregat un joven fraile de diez y ocho años...»

Claro que teniendo diez y ocho años debía de ser joven.

«Estaba bañándose en compañía de otros quince...»

Digo, pues si llega á estar sólo!...

«Se llamaba Francisco Losa...»

Vamos ahora comprendo por qué se ha ahogado.

Pero esta noticia tampoco es de las que yo busco.

Calle, aquí veo un telegrama muy importante, fechado en San Sebastián:

«El Sr. Castelar ha llegado á las doce de la noche procedente de Zarauz donde ha pasado el día.»

«Ha venido en coche...»

¡Ola! buen dato para la historia. ¡Vaya unos corresponsales listos que tiene este diario!



«Aquí se ignora su venida»

«Dícese que se irá mañana!

¡Hombre! esto sí que no lo entiendo ¿se ignora su llegada y dicen que se irá mañana?

«Córdoba 5 (6:20 v.).—En el correo de hoy ha llegado á ésta el célebre diestro Lagartijo.

»En la estación le esperaba inmensa muchedumbre que prorrumpió en atronadores aplausos.»

»Rafael ha sido sacado en hombros de varios amigos, mientras una banda de música tocaba un alegre paso doble.»

Pero, hombre, ¿qué guardan para cuando vaya Cánovas por allí?

«El maestro estaba tan impresionado que ha vertido abundantes lágrimas.»

¡Naturalmente! ¿Quién no llora al considerar que hay tanto bruto en la tierra?

«Rafael venía en un carruaje del señor conde del Robledo, guiado por el primogénito de este.»

¡Qué honor para la nobleza española!

«Más de treinta coches, en su mayoría de particulares, seguían á Rafael. La multitud que á pié le seguía también no ha cesado de vitorearle.»

«Etc., etc., etc.

«A la maestra de escuela de... se le adeudan cinco trimestres.»

¡Y pensar que estas cosas las leerán los extranjeros!

«El célebre compositor y pianista francés Enrique Litolff ha fallecido en París á la edad de 73 años.»

«Ha muerto el conocido publicista Augusto Vitu, crítico de *Le Figaro* y uno de los principales accionistas de este periódico.»

Nada, está visto que hoy no encuentro más que noticias tristes.

No cabe duda: estas barbaridades que están ocurriendo estos días son hijas, ó por lo menos hijastras, del calor sofocante de la canícula.

Lo mismo que la pereza que me consume y que me obliga á hacer punto final.

Pablo de Segovia.





EL MEJOR ALMANAQUE

I

Estaba pensando en un poema que tenía en proyecto cuando entró en mi habitación un dependiente de comercio, que después de las felicitaciones acostumbradas me entregó el almanaque del año próximo.

Le di el aguinaldo, y después que salió eché una mirada distraída sobre el calendario, que se diferenciaba bien poco del del año anterior. Los mismos santos, las mismas fechas, iguales fiestas, idénticas fases de luna.

Me puse á pensar que los acontecimientos de los doce meses futuros serían á su vez parecidos también á los de los doce meses pasados. Siempre el mismo retorno de vanas esperanzas, de falsas alegrías, de decepciones verdaderas; siempre la monotonía de la vida, que apenas merece el trabajo de aspirar y de espirar el aire que se respira.

Dejé á un lado el almanaque, que nada halagüeño me prometía, y con el cansancio con que se emprende un trabajo por la milésima vez, me puse á escribir el nuevo poema, que no será mejor que mis anteriores versos, y cuando levanté la cabeza hacia el espejo vi en mis ojos una mirada más triste que las lágrimas.

II

Pero del pálido rayo del sol de invierno que penetraba á través de los vidrios de la ventana fué destacándose y creciendo una forma vaga y ligera, cuyos contornos se fijaron poco á poco hasta que llegó á ser una mujercita, envuelta en una túnica de gasa y rodeada por una aureola de luz.

Hubiera sido preciso no haber vagado nunca por la selva encantada de Brocelianda para no adivinar que aquella mujer era una hada; una hada que tenía en sus ojos todo el azul claro de las primeras esperanzas y en sus labios sonrientes todas las rosas de la juventud.

—Buenos días, hada Ilusión, la dije.

—No eres tan viejo como podría creerse, puesto que aún me reconoces, dijo ella sacudiendo su cabellera, de donde se desprendieron millares de estrellitas blancas que parecían margaritas de nieve y que fulguraban y se extinguían rápidamente.

—Has hecho bien, continuó, en arrojar el almanaque que te ha dado el comerciante á cambio de algunas monedas. ¿Acaso encierra todo lo verdadero? Hubieras sido bien torpe en cuidarte de los meses, de las semanas y de los días. Gracias á mis consejos,

no tienes reloj sobre tu chimenea por miedo de saber qué hora es. Yo te daré el único almanaque que vale la pena, el almanaque adorable con que sueñan las jóvenes y los poetas. Aquí le tienes, mirale.

Y me mostraba una hoja de rosal que debía estar marchita, puesto que estamos en invierno; pero que ofrecida por la hada Ilusión parecía verde. Entre las fibrillas de la hoja no había nombres de santos ni de santas, ni lunes, ni martes, ni fiestas, ni fases de luna; pero se leían algunas palabras: inocencias, ternuras, primeras citas, juramentos, despedidas, besos en los labios, amores fieles, casamientos felices, risas de júbilo, lágrimas de alegría y otras frases aún más deliciosas.

Sin embargo, movi la cabeza negativamente, y dije:

—Me gusta aún menos tu almanaque que el calendario verdadero. Conozco hace tiempo lo mentido de tus alegrías y lo amargo de tus dulzuras. Vé á deslumbrar á algún corazón joven que no haya sido engañado por tí todavía. No le envidio esos goces, que se convertirán mañana en desengaños.

La hada había desaparecido ya, desvaneciéndose como una nube en el azul pálido del cielo de invierno que se veía á través de los vidrios de la ventana.

III

Me había puesto á escribir de nuevo para emplear en algo el tiempo, cuando sentí detrás de mí un crujido de cristales rotos y ví salir de mi biblioteca una doncella altanera y hermosa, con la frente ceñida de laureles y el pecho defendido por una coraza de oro. Aunque nunca la había visto tan cerca, conocí, sin embargo, que era una hada de las más ilustres.

Brotaban de sus ojos rayos llenos de esplendor, y la regia altivez de su semblante parecía reflejar el triunfo. Sin embargo, no dejaba de parecerse un poco, ilusión al fin, á la pequeña hada que acababa de desaparecer.

—Yo te saludo, hada Gloria, la dije.

—No eres tan humilde como podría pensarse, puesto que te atreves á mirarme frente á frente, contestó sacudiendo su corona de laurel, de la que se desprendieron hojas luminosas brillantes como los destellos de un astro.

Y aproximándose á mí, me puso sobre la frente una de sus manos, causándome una impresión ardiente como una quemadura.

—Has hecho bien, dijo con voz sonora como el eco de un clarín y como el rumor de las muchedumbres; has hecho bien en rechazar el almanaque que te ofrecía la hada que ha venido á visitarte deslizándose sobre un rayo de sol. ¿Qué te importan los amores dichosos, las dulces promesas, las lágrimas de júbilo y las sonrisas de felicidad? Na la de eso debe ocupar el pensamiento de un hombre capaz de sentir ambiciones augustas. Hé aquí el almanaque que te conviene, el almanaque que llena las aspiraciones de los guerreros y los poetas.

Lo que me enseñaba era una tabla de oro en cuya superficie no estaban escritas aquellas hipócritas palabras: inocencias, ternezas, citas, juramentos, besos en los labios; pero donde se destacaban, como otras tantas promesas, las palabras talento, genio, éxitos, honores, aclamaciones de los pueblos, arcos de triunfo, banderas desplegadas, y por fin el descanso bajo las arcadas de un templo compartido con los dioses.

—Quiero aún menos vuestro almanaque que el calendario de la Ilusión, hada magnanima y terrible, dije meneando la cabeza. No he conocido por mí mismo las embriagueces de vuestras alegrías, porque no he sido de los elegidos para soportar vuestro ilustre martirio; pero he visto sufrir á los grandes, y he oído gemir, más desesperados que los oscuros mendigos de las calles, á los pensadores que daban á las almas limosnas de luz y de Paraíso.

La hada no estaba ya en la habitación. Se había escondido detrás del Shakespeare y del Hugo de mi biblio-

teca, y sólo quedaban en el suelo, reluciendo con un fulgor que tenía algo de triste, los fragmentos diseminados de los vidrios.

IV

Sin alegría ni esperanza había comenzado otra vez á escribir.

Levantando la cabeza frente al espejo, veía en mis ojos la mirada más triste que las lágrimas, cuando me pareció que se señalaba vagamente en el cristal una forma indecisa, reflejo del pensamiento que latía en mi mirada. Lentamente fué creciendo hasta tomar la figura de una joven triste y enlutada á quien reconocí en seguida.

—¿Eres tú, hada Melancolia? la dije.

La hada comenzó á hablar. Su acento tenía el eco de las personas queridas á quien ya no hemos de oír más.

—Has hecho bien, dijo, en desdeñar el calendario vulgar que te ofrecía el comerciante, y con el cual se contentan los demás hombres. Has hecho bien en no aceptar tampoco el que te prometía los encantos del amor y el

que te brindaba con la agitada grandeza de la gloria. Entre los árboles no son el rosál florido ni el roble glorioso los que tienen razón: es el sauce, por lo mismo que llora. ¡Mira!

Y me mostraba una página sin letras rojas ni negras, sin nombres de santos, sin ninguna fecha marcada. Tampoco estaban impresas allí las tiernas quimeras que mienten, ni las quimeras sublimes que engañan. Era una página blanca en que nada había escrito.

—Acepto con reconocimiento tu almanaque, dije entonces, aunque tú seas también vanidad. ¡oh, hada Melancolia, de la misma manera que las otras dos hadas la Ilusión Amor y la Ilusión Gloria!

Ningún calendario vale lo que éste, que no tiene meses, ni semanas, ni fechas, ni días, ni vanas promesas; que es el almanaque de un año en que nada sucederá, en que nada nos engañará, de un año en que no viviremos, en fin.

CÁTULO MÉNDEZ.

LA VERDAD... EN ESCENA



E leído no recuerdo dónde, pero lo he leído,—pueden ustedes creerme,—que en cierto teatro de España para representar propiamente incidencias de una corrida de toros, sacaron á escena un toro... *natural* y de libras (no sé cuantas, pero, vamos, muchas); que cual toro, de cuerpo entero, luego que se vió en el escenario, comenzó á mostrarse intranquilo y desasosegado y concluyó por saltar á la sala y plantarse en medio del público, produciendo en la con-

currencia el efecto que fácilmente se adivina...

...Y pregunto yo ¿por qué y para qué llevaron aquel *bicho* á escena?—¡Bah!—contestará acaso algún partidario del naturalismo, en el teatro ha de verse, ante todo y sobre todo, la verdad; cuanto más nos aproximamos á ella, tanto más cerca nos hallaremos de la perfección. Si hemos de presentar un toro en escena, es cien veces preferible uno de carne y hueso á uno de guardarropía, así la ilusión es más completa.»

—Eso es; tan completa que no es ilusión; me parece que más completa... ¡Oh! no confundamos las espe-

cies: también soy yo partidario de la verdad artística; sí, señor... pero no de esa verdad que consiste en sacar toros á escena para que tengan participación en el triunfo de los comediantes y de los autores.

La verdad del teatro, eso lo sabe y lo comprende cualquiera, es una verdad *sui generis* de la cual dan perfecta idea las bambalinas que, figurando techo, están muy altas y representando cielo y aire libre demasiado bajas.

Y no hay otro remedio; hay que admitir, si no se rechaza el espectáculo, esas verdades de puro convenio, aceptadas en virtud de pacto tácito que los espectadores celebran con los cómicos y los poetas... ¿A dónde iríamos á parar de otro modo?

Tanta razón hay para que comparezca ese toro en escena, en obsequio á la verdad, como para que el Otelo mate de veras á Desdémona en la obra de Shakespeare... Los partidarios de que á los manjares de cartón empleados hasta hace poco tiempo en los banquetes escénicos, sustituyan la tortilla sabrosa, el solomillo con trufas y el jamón en dulce, no creerán que en las tablas del escenario deben reemplazar adoquines, cuando la escena se verifique en una calle ó arena fina cuando el teatro represente un jardín.

Los espectadores aceptan todos sin excepción alguna el pacto—y ustedes perdonen que áun aquí manifieste yo mis invariables aficiones—bilateral que el autor les propone: «esto es una calle,» les dice: y por la calle lo toman; «estamos en una sala,» y convienen en que sea una sala; aunque le falte para serlo una pared, que es la embocadura del escenario, y aunque, como he dicho antes, tenga la sala una desmesurada altura de techo; «vamos á comer,» «estamos comiendo,» «hemos comido ya,» el espectador se deja convencer de todo eso, aunque en efecto nadie coma; diré

más, y estoy seguro de no equivocarme, la inmensa mayoría de los espectadores prefieren la comida fingida á la comida real; porque eso de presentarse como unas cuantas personas, toman los alimentos, los mastican, los insalivan y los degluten, tiene muy poco de agradable, y mucho menos cuando se presencia después de comer; que es, de ordinario, la hora en que se acude á las funciones teatrales...

No he de atreverme, ¿cómo me había de atrever? á dar reglas, ni á trazar líneas para separar lo que cabe dentro de la verdad escénica, y lo que racionalmente debe quedar fuera de ella... pero, sin dar esas reglas, ni trazar esas líneas, el buen gusto y áun el sentido común por sí solo, bastan y sobran para comprender por ejemplo, que los toros no hacen falta en el palco escénico; como no la hacen la infantería, la caballería y la artillería para figurar una batalla; como no la harían los camellos para presentar en escena una caravana... En general, todo aquello que puede causar molestia ó desagradar al espectador debe ser suprimido y es seguro que nadie lo echará de menos, ni su supresión disminuirá en nada el efecto producido por la obra. Batallas campales en que, después de un tiroteo horrible que atruene los oídos, queda un insufrible olor de pólvora que provoca la tos, presentación de caballerías que, sobre tener en continuo sobresalto á los espectadores de las butacas, levantan un polvo que les ahoga, producen un ruido en hueco sobre las tablas del escenario y hacen algo peor muchas veces.. salidas y entradas de becerros y de toros que pueden dar motivo para disgustos como el mencionado al comenzar estas líneas... cosas son todas que están, ó deben estar, desde luego, y sin apelación, fuera de la verdad escénica.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

EN UNA CERVECERIA



Tiene una chica en la mano
y otra chica en frente de él,
y entre las dos chicas ¡claro!
no es difícil escojer.

¡EL ÉXITO!



QUE era mal cómico el pobre Gutierrez nadie podía negarlo, y así lo demostraban las innumerables gritas que recibió en todas las poblaciones que había visitado; y alguna que otra *expresiva* caricia de que fué objeto por parte del público durante su larga y desdichada carrera artística.

Razón tenía el bueno del autor en desconfiar del éxito de su obra y por esto mismo se le veía, pensativo é inquieto, recorrer todas las dependencias del teatro entregado á graves y dolorosas meditaciones.

La salvación del drama estaba en aquella hermosa y valiente escena del acto segundo entre la esposa adúltera y el marido ultrajado, que sintiendo desbordarse todo el encono y la amargura que encerraba su pecho, le lanzaba al rostro estos dos versos:

Infame, me has engañado,
mis propios ojos lo han visto.

Oh! estas frases, estas frases había que decir las con fuego, con el fuego de la indignación, rugirlas más bien que hablarlas, darles expresión, verdad, demostrar en ellas furor y tris-teza al mismo tiempo; pero Gutierrez—el mal cómico como le llamaban sus compañeros—era incapaz de expresar todo lo que el autor se propuso al consignar en la obra estos dos versos.

El invocaba con todo su corazón los espíritus de aquellos grandes actores, cuyos nombres se citan hoy con veneración y respeto. Maiquez, Talma, Romea, Latorre, venid en la ayuda de este infortunado autor, prestad un soplo de vuestra preciosa inspiración á este Gutierrez de mis pecados, y haced que su voz llegue hasta el público que siempre premia los esfuerzos del que logra con-moverle.

Y devorando sus pesares fué á ocultar su angustia al rincón más obscuro del saloncito, espacio reducido, formado por tablas mal unidas, que era la antesala al escenario y servía de desahogo al cuarto de los actores.

Venían á refugiarse todas las noches al saloncillo, las actri-ces de más baja estofa de la compañía y alguno que otro almi-barado jovenzuelo sediento de teatrales aventuras.

En los entreactos, tomaban posesión del grasiento diván for-rado de roja bayeta—emblema del pudor—que decoraba aquella pieza común, y allí ellas con sus respectivos adoradores al lado, dejando entre sus cuerpos la menor distancia posible, se entre-gaban á dulcísimas y sabrosas pláticas, interrumpidas casi siem-pre por la voz del segundo apunte que las llamaba á escena.

Las había para todos los gustos, y algunas de ellas á *cata* como los melones, rubias, morenas, feas, bonitas, ésta abultada de formas, con gran riqueza de curvas *anteriores* y *posteriores*, aque-lla seca, lácia, flacucha, llevando impresos en su marchito ros-tro todos los singabores de una vida amargada prematuramente por los fríos horrores de la miseria, y sustituyendo la escasa prodigalidad de la naturaleza con rellenos y postizos que presta-



ban—aunque de una manera ficticia—un poco de abultamiento á aquel cuerpo que se hubiera desplomado á buen seguro, solamente con el aire que hubiese entrado por cualquier rendija de su cuarto.

Una puerta presumida y una coja completaban el cuadro de beldades teatrales que allí se exhibían á diario, y caso raro, muchas de ellas, aún siendo solteras, iban acompañadas de un pequeño muñequito de carne y hueso que con todo ese descaro de la inocencia las llamaban mamá con sus vocitas atipladas.

Por el saloncito desfilaron todas las noches multitud de poetas, novelistas, músicos, dibujantes, periodistas, la flor y nata de la gente de lapiz y pluma, deteniéndose un momento delante de aquellas reinas de guardarropía para combinar la cita del día siguiente ó simplemente para invitarles á una cena, invitación que, dicho sea de paso, era aceptada casi siempre.

Este era el sitio adonde el pobre Muñoz, autor del drama que iba á representar-se aquella misma noche, se había refugiado; por delante de él pasaban en confuso y abigarrado torbellino de formas y colores, todos los cómicos que tomaban parte en la representación; el protagonista de la obra, vestido con un pantalón azul subido hasta las rodillas, alpargatas murcianas de negras cintas que se enroscaban á sus delgadas piernas, faja encarnada, la camisa abierta dejando ver la blanca camiseta de punto de media, á la cabeza una boina navarra y al hombro unas cuantas redes que bien podían pasar por simple manojo de cuerdas, se acercó al pobre Muñoz que estaba sumido en un éxtasis doloroso y poniéndole familiarmente la mano sobre el hombro, le dijo con voz cavernosa y destemplada:

—Vamos, hombre, ámate, que el momento ha llegado.

Sacudió el autor su enorme cabeza cubierta de espesas y enmarañadas melenas, afirmó con sus menudos dedos los lentes que cabalgaban en aquella nariz abundante y afilada, irguió su largo cuerpo que por lo seco y desgarrado parecía un esquelet cubierto de guñapos, y dijo con tono suplicante y lastimero:

—Por Dios, Gutierrez, esmérate lo que puedas.

Hizo el gran actor un expresivo movimiento de hombros, salvó la corta distancia que mediaba entre el saloncillo al escenario, y desapareció por la segunda caja de bastidores, dispuesto á dar comienzo á la gran batalla.

Clavado quedó Muñoz en aquel diván rojo mirando «la escena con ojos de idiota; el telón se había levantado y los actores declamaban sus papeles, sin que el público demostrase aprobación ó desagrado.

El primer acto pasó en el más absoluto silencio; un poquito de más entusiasmo en los cómicos y el hielo estaba roto; un arranque, algo que llegara á las butacas, porque la obra no era del todo mala.

Llegó por fin aquella magnífica escena del acto segundo, Muñoz, que estaba colocado en la primera caja de bastidores, tenía la existencia pendiente de los lábios de Gutierrez: éste con trágico ademán; se disponía á lanzar á la faz de la esposa adúltera las estrofas que eran la salvación del drama.

Cuando iba á atacar la primera sílaba miró al rojo diván que se destacaba en el fondo del saloncillo y su semblante sufrió una completa transformación; con vigor, con valentía, hasta con convencimiento dijo los versos, tanto, que el público hasta entonces impasible, prorrumpió en atronadores bravos y frenéticos aplausos que





hicieron parar un punto la representación.

Muñoz, que estaba loco de asombro, había seguido la dirección de las miradas de Gutierrez: y ¡santos cielos! vió á la esposa de éste abrazándose con el segundo galán joven que hacía un embolado en el acto primero.

Radiante, entusiasmado, dichoso, corrió al saloncillo y estrechando con efusión las manos de la adúltera de veras, le dijo con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Gracias, señora, habéis salvado mi obra!

JOAQUÍN E. ROMERO.





EL ÁNGEL DE LA GUARDA

Episodio de la guerra de la Independencia.

I

El 1.º de Mayo de 1814, fué quizás uno de los días más hermosos, más esplendentes y perfumados de cuantos han saludado las golondrinas en los viejos torreones de Tarragona, al volver á instalarse en ellos después de su expedición anual al Africa.

Era, pues, el 1.º de Mayo de 1814, día de San Felipe y Santiago, apóstoles; y como todos los años, las aves de Cristo llegaban por parejas en busca del templo de sus pasados amores, alegrando con sus cantos de júbilo más de un hogar triste y abandonado.

El mar, despoblado de bageles, estaba terso y azul como el mismo cielo. El campo, que tanta sangre había tragado hacia muy pocos meses, sonreía bajo las caricias del sol, ostentando sus tesoros de flores y verdura. El aire, embalsamado y tibio, repetía los placidísimos rumores de una naturaleza feliz y sosegada...

Quince días habrían pasado apenas desde que la paz reinaba en España, después de seis años de horrible lucha. La guerra de la Independencia, la epopeya de la moderna España, había terminado completamente. Los generales de Napoleón habían huido uno detrás de otro á esconderse en el Pirineo. Las derrotas sufridas en los Arapiles, Castalla, Vitoria y Tolosa, habían hecho comprender á los franceses que nunca serían dueños del territorio español. ¡Ya no había en

toda la Península ni un sólo soldado extranjero!

Nuestra desangrada y hambrienta patria descansaba al fin á la luz de aquel sol esplendoroso, como un convaleciente que abandona el lecho después de luchar largo tiempo con la agonía... ¡Momento melancólico y sublime! Las campanas llamaban de nuevo á los fieles á las incendiadas y saqueadas iglesias... El humo de los ensangrentados hogares volvía á elevarse al cielo por la serena atmósfera... Los cantos nacionales estremecían otra vez el viento... El esforzado patriota soltaba las armas y tornaba á sus trabajos, consolándose de haber perdido hijos, hermanos y padres, á la sola idea de que había conservado el suelo que les vió nacer y morir!—¡Todo era, en fin, santa tristeza y patético alborozo desde San Sebastián á Cádiz, desde la Coruña hasta Gerona; todo era referirse las grandes hazañas de una y otra provincia, de una y otra ciudad, de una y otra aldea, empeñadas de consuno en sacudir el yugo extranjero; todo era dar gracias á Dios por la victoria, conmemorar religiosamente los difuntos, restañar la sangre de las heridas abiertas en los grandes intereses de la nación, y reedificar ciudades ó construirlas de nuevo con la esperanza de alcanzar en ellas mejores días!

II

En la mañana citada, dos jóvenes,

un bizarro mancebo y una hermosísima dama, ambos de veintitrés ó veinticuatro años de edad, vestidos con sencillez y buen gusto, como gentes acomodadas de la clase media, salían de la iglesia de Santo Domingo de Tarragona, donde acababan de velarse.

El mismo sacerdote que les casara la semana anterior, les acompañaba ahora a mi agradablemente, yendo tan contento y ufano entre los dos enamorados esposos, como si estos le debiesen toda su ventura.

Mucho le debían: Clara y Manuel, que así se llamaban sus feligreses, habían perdido sus respectivas familias el día 28 de Junio de 1811, cuando el general Suchet tomó por asalto á Tarragona. Posteriormente, al fin de la campaña de 1813, Suchet, perseguido, pasó por la misma ciudad, y voló sus fortalezas y algunas casas, siendo una de estas la del escribano que guardaba todos los títulos de las propiedades de Manuel, fugitivo á la sazón con Clara y con su madre. En uno y otro tremendo día habían perecido más de la mitad de los habitantes de Tarragona; de modo que cuando el pobre huérfano volvió en busca

de su casa y de sus bienes para ofrecérselos á aquellas dos mujeres desvalidas, encontré con que no era posible identificar su persona, ni menos acreditar su derecho á la hacienda de sus padres. Entonces apareció en la arruinada ciudad aquel

virtuoso sacerdote con quien le encontramos, el cual le conocía desde que nació, puesto que fué siempre cura de su parroquia, y le había bautizado y dado enseñanza.... Manuel, que yapedialimona, fué rico al día siguiente de tan dichoso encuentro. Pocos días después, se verificó su matrimonio con Clara. En cuanto á la madre de ésta ya aparecerá en el curso de nuestra breve y verídica historia.

III

† D. Pedro Antonio de Alarcon

— Con que vamos, hijos míos; decid-

me... ¿de qué se trata preguntó el sacerdote á la puerta de la iglesia.

— Nada, señor cura, dijo Clara con tristeza: tenemos un secreto que confiar á Vd.

— Un secreto... ¡á mí! ¿Pues no habeis confesado conmigo esta mañana?...

— Sí, señor..... respondió Manuel

con mayor tristeza todavía; pero nuestro secreto no es un pecado.

—¡Ah! ¡Ah! eso es otra cosa, replicó el anciano.

—Al menos, pecado nuestro... balbuceó la desposada.

—Ya decía yo que habría algo malo en el asunto, cuando acudíais al pobre viejo. Veamos... ¿A qué se reduce todo?

—Habla tú, dijo Clara á su marido.

—Nada... Venga V... La mañana está hermosa, murmuró éste; daremos un paseo corto, y en el mismo sitio le diremos lo que sucede.

—¿En qué sitio?

—Nada... Venga V., repitió Clara, tirando del manteo al padre cura.

Este se prestó gustoso al deseo de los dos jóvenes, y salieron de la ciudad.

Como á unos mil pasos de ella, y en la orilla misma del Francolí, se paró Manuel diciendo:

—Aquí era.

—No... no... replicó Clara. Fué más allá...

—En efecto... Fué en aquel recodo, donde se vé á una mujer sentada en el suelo.

—¡Calla... pues si aquella mujer es mi madre!

—¿Cómo? ¡Tu madre!

—Sí... no tengo duda. Esta mañana salió de casa como todos los días sin permitir que nadie la acompañara... y ¡mira á dónde se viene la pobre!—No lo extrañe V., señor cura; ya sabe V. que la infeliz está mala de la cabeza... Desde aquella noche, su razón padece frecuentes extravíos.

En esto llegaron nuestros tres personajes al lado de una mujer que efectivamente se hallaba sentada en el suelo, á la orilla del agua, con los ojos fijos en las ondas fugitivas del Francolí. Erase una anciana de venerable porte, de severa y enjuta fisonomía, negros los ojos y blanca la poblada cabeza; una madre catalana, en fin, tan enérgica como dulce, tan cariñosa como soberbia.

—¡Qué hermoso día, madre! le dijo

Clara para distraerla y en tanto que la abrazaba.

—Hija ¡qué horrible noche! respondió la pobre loca.

—Verá V., señor cura, cómo sucedió todo, dijo Manuel haciendo un esfuerzo y apartando un poco al sacerdote del grupo de las dos mujeres.

IV

«Ahí... en esas ondas... prosiguió Manuel; que tanta sangre han arrastrado durante cinco años, yace, señor cura, un mártir de la independencia española, muerto á los quince meses de nacer... y á quien sin embargo, deben la vida y la felicidad estos dos corazones que ha unido V. para siempre.—De la madre de Clara no hablo, porque si bien le debe también la vida á aquel santo niño, más le valiera haber perecido con él... ¡Ya vé usted cómo se encuentra la desgracia!

¡Se asombra V., padre mío, de que á los quince meses de edad pudiera la inocente criatura hacer tanto bien á su familia!.. Lo comprendo.... ¡Yo también, no solo me asombro, sino que me avergüenzo!.. ¡Pero ya vé usted cómo quedé aquella noche!

(Así diciendo, mostró Manuel al párroco la mano derecha, horriblemente desfigurada por una larga y profunda cicatriz.)

¡A los quince meses! ¡sí!..—Murió á los quince meses, y su vida no fué estéril, no fué inútil... Muchos viven largos años sin merecer tanto bien de su generación! ¡Dios le tendrá, sin duda alguna, al lado de los mártires y de los héroes.

Ya sabe V. lo triste que fué para Tarragona el día 28 de Junio de 1811. —Sin embargo, V. se hallaba prisionero desde el asalto del 4 de Mayo, y no vió todo el horror de la toma de la ciudad. ¡No vió morir á cinco mil españoles en diez horas; no vió incendiar casas y templos; no vió asesinar inermes ancianos y flacas mujeres; no vió atropellado el pudor de las vírgenes, la majestad de las madres, el voto de las religiosas!.. ¡no vió el robo

y la embriaguez confundidos con el amor y la matanza; no vió, en fin, una de las mayores proezas del vencedor del mundo, del héroe de nuestro siglo, del semi-dios Napoleón.

¡Yo lo ví todo!... ¡yo ví á los enfermos salir del lecho de agonía, arrastrando las sábanas como un sudario, y perecer á manos de un soldado extranjero sobre el umbral de la misma alcoba en que penetró el día antes el Viático! ¡Yo ví tendida en una calle á una mujer degollada, y á su lado el tierno infante que mamaba todavía del pecho de su madre muerta! ¡Yo ví al esposo maniatado presenciar la profanación del lecho nupcial y á los niños que lloraban en torno de tanto horror, y á la desesperación y á la inocencia apelando al suicidio, y á la impiedad escarneciendo los cadáveres!

Mi padre y mis hermanos murieron aquel día de tristísima memoria. Herido yo en la mano derecha, inútil inválido, refugiéme en casa de Clara, que era mi novia. Esta, llena de angustia y miedo, hallábase al balcón, temiendo por mi vida, y arriesgando la suya con tal de verme si pasaba por la calle. Entré... ¡Los que me perseguían, la vieron!—¡Era tan hermosa!—¡Un rugido de salvaje alborozo y una brutal carcajada saludaron á la beldad! Un minuto después, el hacha y el fuego derribaban nuestra puerta... ¡Estábamos perdidos!

La madre de Clara, llevando en sus brazos al desventurado niño que yace bajo esas ondas, se encerró con nosotros en la cisterna de la casa, que era profundísima y estaba seca á causa de no haber llovido hacía muchos meses. Aquel niño, *Miguel*, era hermano de Clara... el hijo menor de la que la guerra acababa de dejar viuda. Dentro del pozo, podíamos salvarnos los cuatro... ¡Nos habíamos salvado ya!... ¡Nadie podía imaginarse que estuviésemos en aquel sitio!... Los franceses creyeron que habíamos huido por los tejados... Así lo decían entre horribles juramentos, mien-

tras descansaban en aquel fresco patio, en medio del cual se hallaba la cisterna... Si... ¡nos habíamos salvado!

¡Clara me vendaba la herida... su madre daba el pecho á Miguel, y yo temblaba con el frío de la calentura!

En esto comprendimos que los franceses, devorados de sed, trataban de sacar agua del pozo... ¡Figúrese usted toda nuestra agonía en aquel instante!...

Hicimosnos á un lado y dejamos bajar el cubo hasta dar en el suelo...

Ni respirábamos siquiera.

El cubo volvió á subir...

—Está seco, dijeron los franceses en su idioma...

—Arriba habrá agua, exclamó uno.

¡Se marchan! pensamos Clara, su madre y yo.

—¿Si estarán aquí dentro? exclamó una voz en catalán...

¡Era un *afrancesado*... señor cural ¡Era un español el que nos perdía!

—Es imposible, replicó el francés.

—No hubieran podido bajar...

Ellos ignoraban que en la cisterna se penetraba por una mina, cuya puerta habíamos cerrado al entrar, y no abríamos ahora porque hacía mucho ruido.

De cualquier modo, aquella conversación pasaba en el brocal de la cisterna.

En esto, echóse á llorar Miguel...

Pero no bien había articulado el primer grito, cuando su madre sofocó aquella voz que nos vendía, estrechando contra su pecho la cara del tierno infante.

—¿Habeis oído? gritaron arriba.

—Yo no, respondió el otro.

—Escuchemos...

Pasaron dos horribles minutos...

Miguel pugnaba por llorar... y cuanto más lo sofocaba su madre, más se enfurecía y se retorció entre sus brazos...

¡Pero no se oyó ni el más ligero suspiro!

—Será el eco, exclamaron los franceses.

—Eso será, repitieron alejándose.
El ruido de sus pasos se apagó
lentamente á todo lo largo del patio...
Miguel no lloraba ya...
¡Estaba muerto!

V

—¡Señor cura! ¡Señor cura! gritó
en esto la madre de Clara interrumpi-
endo á Manuel... ¡Diga usted que es
mentira! ¡Yo no he matado á mi hijo!
¡Lo mataron ellos! ¡Lo maté yo por
librarlos! ¡Se murió él por librarnos
á todos!—¡Ah! señor cura; perdóneme
Vd... ¡Yo no soy una mujer mala! ¡Yo
me he vuelto loca por mi Miguel, por
el hijo de mi vida! ¡Yo no soy una
mala madre!

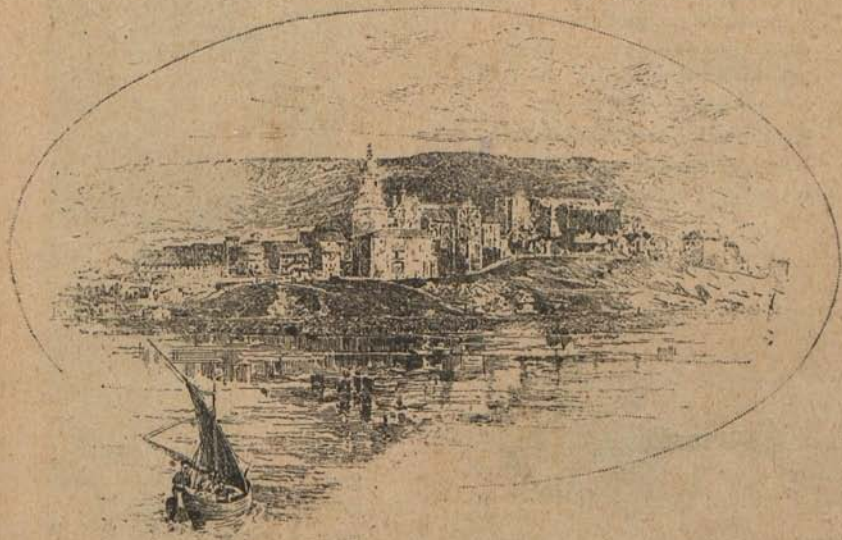
—Señor cura, dijo Clara: le hemos
traído á Vd. hasta aquí para que ben-
diga ese agua en que arrojamos el
cadáver de mi hermano, cuando hui-
mos de Tarragona la noche del 28 de
Junio de 1811.

—¿No es verdad que Miguel estará
en el cielo, señor cura? preguntó Ma-
nuel enjugándose las lágrimas.

—Si, hijos míos... respondió el sa-
cerdote. ¡Yo os lo digo en nombre de
Dios, y en nombre de la patria!—Y
Vd., hermana mía... No llore... con-
tinuó dirigiéndose á la anciana, Dios
bendice el martirio que Vd. sufre,
como yo bendigo al inocente niño que
lo causó. En el cielo encontrará á su
hijo y con él la alegría de su alma.
En cuanto á vosotros, que tan felices
podeis ser sobre la tierra, no olvidéis
que comprásteis vuestra dicha al pre-
cio del tormento de los demás. ¡Ator-
mentaos también por vuestro prójimo
cuando os necesite!

Así dijo el sacerdote, y á la luz del
sol, en medio de los campos, al son
de la música de las aves, en el templo
de la naturaleza, en fin, bendijo aque-
llas puras aguas, sepulcro del niño
venturoso que fué el *Angel de la*
Guarda de su familia.

P. A. DE ALARCÓN.



RIMA



¡Murió!... ¡Yo recogí su último beso
y su palabra última!...
¡Me pareció que el universo todo
iba á quedar á obscuras!

...

Desde entonces, la muerte me sonríe,
la vida me rechaza...
¡Qué vacío tan grande en el espacio!
¡Qué vacío en mi alma!

RICARDO J. CATARINEU.

DOCE VERSOS

Vi tu boca, y me dió enojos
su pequenéz estremada,
de ella aparté la mirada
y tropecé con tus ojos.

Los miré con estrañeza,
y .. cuentas no me damandes;
pero, al mirarlos tan grandes
bajé humilde la cabeza.

Y al apartarme de tí
fui diciendo entre mis sueños:
—Los grandes y los pequeños
se conjuran contra mí.

EUSEBIO BLASCO.



LAS DOS COPAS

Creviendo el mundo al nacer
un festín, con loco aliento
cogimos para beber
tú, la copa del placer
y yo, la del sufrimiento.

Apenas probaste osado
su licor, quedó vacía,
mientras yo, desventurado,
estoy de beber cansado
y aun tengo llena la mía.

FELIX PIZCUETA





EL PRÍNCIPE Y EL RUISEÑOR

FÁBULA

Un príncipe con su ayo paseaba
al caer de una tarde en bosque umbrío;
el uso de aburrirse le llevaba
á ser entonces presa del hastío.
—Infalible que hacer del potentado!—
Un ruiseñor de un sauce en la espesura
sus dulces cantinelas daba al viento;
el príncipe le oyó, y arrebatado,
su altiva voluntad quiso al momento
al sencillo cantor ver enjaulado.
Buscóle con presura
y súbito creyó cumplir su anhelo;
mas al andar sobre las muertas hojas
oyóle el ruiseñor y emprendió el vuelo.
—¿Por qué, esclamo su alteza tan extraño
ha de hacerse ese pájaro he-hicero
morando así en el bosque solo, hurano,
y van de mi palacio á los balcones
siempre á cantar bandadas de gorriones?...—
—Es, replicó el Mentor, para instruiros;
un día, si reinais debeis probarlo
¿A los necios no veis?—saben rendiros
en coro y sin cesar pleito homenaje;
mas si al genio anelais debeis buscarlo,
que el ruiseñor se oculta entre el folleje!...

J. F. VERGES

LA BAILARINA



Suponer que todas las bailarinas están dotadas de idénticas condiciones morales, sería tan absurdo como asegurar que se parecen físicamente entre sí como una gota de agua á otra gota igual.

Voy á hablar de tres bailarinas.

Julia, Elisa y Aurora.

Cada una de ellas puede servir de modelo para retratar á una agrupación coreográfica.

Vamos á ver cómo es Julia, y cómo son las que de igual modo piensan y sienten.

I

Julia es joven y agraciada.

Esbelta como la palma, flexible como una rama de granado, viva y alegre como el jilguero, y ligera como cervato en libertad.

Sus rasgos tienen morbilidad, y sus líneas encantadora corrección.

Ni un solo contorno se debe al algodón en rama.

El blanco y rosa de su cara, así como el carmín de sus labios, no deben tampoco gratitud á la perfumería.

Se los ha regalado Dios, y ella los conserva y cultiva á poca costa.

Con agua fresca, buen jamón y mejor esponja.

Julia es huérfana de padre.

Vive con su *mamá*, á la que respeta y ama con todo el cariño de su corazón.

Tuvo maestro de baile, aprendió la buena escuela, está gimnásticamente destacada, lleva los brazos y los pies con perfección, y en una palabra, *sabe su obligación*, como se dice entre coreógrafos.

No ha llegado á primera bailarina, porque le faltó el *quid dicinum*, sin el que no puede darse el salto hasta aquella altura: pero hace un primer papel en el cuerpo de baile.

Como que está de punta.

Jamás se ha quejado de la hora ni del número de ensayos.

Es claro; ella se levanta invariablemente todos los días á las siete de la mañana.

Su madre hace lo mismo, y mientras está en la plaza, Julia limpia la casita y hace el café, después de bien peinada y lavada por supuesto.

Vuelve la madre con la cesta de la compra y los panecillos. Se desayuna la feliz pareja, vístese Julia para salir á la calle, hace unos mimitos al canario, le cambia la hojita de escarola, besa á *mamita*, y al ensayo, contenta y alegre como unas pascuas.

Si el ensayo es de corto, mejor. Ella no tiene pereza nunca.

Habla con el director, con las compañeras, con la primera bailarina, y habla siempre de modo alegre y rezoón.

Todos la quieren.

Su excusa-baraja es una tacita de plata.

Sus zapatillas, las más limpias, su *coraza* para los ensayos generales, si no la más lujosa, la más coqueta y la mejor hecha.

Contesta con espontaneidad é ingenio á las galanterías de sus perseguidores, que acaban por respetarla y *quererla bien*, cuando se convencen de que no han de ser sus amantes.

Julia viste de lana y tiene dos abriguitos de astracán.

De seda no tiene más que un vestido para las grandes solemnidades.

Terminado el ensayo, se vá derecha á casita.

Tiene máquina Singer, y cose *para fuera*. Visita á sus amigas,—cuando están enfermas ó no hay trabajo,—come cocido casero, vá de noche al teatro con mamá, y se acuesta al acabarse la función.

Asiste infaliblemente á los grandes espectáculos gratuitos, como apertura de Cortes, grandes paradas, casamientos de las personas reales, *retour* de las carreras de caballos y corridas de toros, etc., etc.

Julia es feliz en la atmósfera de su honrada pobreza.

Por fin se casa.

Y tiene hijos.

II

Vamos con Elisa.

Elisa es joven y hermosa.

El abuso de todos los placeres ha demacrado su rostro.

Su esbeltez, su flexibilidad y su ligereza se van perdiendo.

Al resultado de esta pérdida no son ajenos ni la reina de Citeres ni el dios que preside las vendimias.

Sus padres viven, no viven, ó no los ha tenido nunca.

Elisa resulta mejor formada de noche que de día.

En los ensayos, no siendo generales, á los que asisten los abonados y algunos *amateurs*, pierde *en carnes*.

Pero se *robustece* por la noche en las representaciones.

Esto se debe á la Providencia de... *los pantalones de armar*.

Debe á Frera y Fortis los colores de su cara.

Elisa no vá al ensayo ó llega tarde, y llamando *cursi* al director, que se levanta tan temprano.

Reniega si la hacen vestir de corto.

Al despertarse se lava con *cold-cream*, y se pasa luego la *borlita* por la cara. Nada más.

Llega al ensayo con vestido de seda,



abrigo de peluche, sombrero, guantes y manguito.

Lo primero que ha encontrado á mano.

Como que es lo último que se quitó al acostarse, y lo dejó sobre la silla de la *cabecera*, si no lo echó sobre la misma cama.

Apenas tuvo maestro de baile.

Para ella el teatro nunca fué más que un medio de *exhibirse*.

Tiene criada que le arregla el cuarto.

Llega al ensayo medio dormida.

Ensayo de mala gana.

No hace desayuno.

Envía por café. Tiene cuenta corriente con el establecimiento.

Habla mal de todo el mundo, y especialmente de los *ordinarios* que madrugan.

Tiene perrito y toma café con ella.

Hace caso de los requiebros, y gran jugadora de golfo, dice *quiero* á cualquier *envite*.

De lana no tiene más que una bata.

Su *ajuar* consiste en sedas, sin acordarse de aquello de la mona.

Gasta reloj de oro, buenas pulseras y *dormilones*.

Terminado el ensayo, almuerza fuera de casa, y no almuerza sola.

Hace en casa su *toilette* después de almorzar, y rara vez presencia los espectáculos gratuitos.

Como ha almorzado tarde, generalmente no come.

Cena después de la función en un gran restaurant.

Se acuesta á las cinco, de la mañana.

Vive infeliz, yendo siempre de Herodes á Pilatos.

Su esplendor y su *buena vida*, duran tan poco como su hermosura, co-
diciosamente disipada.

No se casa.

Y tiene hijos.

III

Llegó su vez á Aurora.

O ha sido Julia, ó ha sido Elisa.

Si lo primero, sigue bailando hasta los cuarenta años ó más, siempre considerada y siempre querida.

Con habilidad especial sabe aparecer de noche, vestida de sílfide ó de otra cosa ligera y vaporosa, ocultando los años y las fatigas naturales que empiezan á agobiarla.

A esta edad se jubila espontáneamente, y vive con el sueldo del marido y con lo que le dan los hijos, que ya *empiezan á ganar*.

Sigue siempre, por supuesto, co-
siendo á la máquina.

Sies Elisa, cuando ya no sirva para el baile, *se mete á prendera ó cosa así*.

Y muere joven, pero en una cama naturalmente.

Aunque sea en una de San Juan de Dios.

RAFAEL MARÍA LIERN.



El agua de San Juan.

- ¡Tiitaa!...
—¿Qué?...
—¡Asómese usted!...

El peludo rostro y el cuerpo de cañareja de tía Calixta aparecieron detrás de la baranda de palos, en el balcón alto de la

casa, é inclinando el cuerpo hacia afuera, gritó con voz áspera, la seca señora.

—¿Qué quieres, Jesu-sita?...

La niña, que aguardaba al pie del muro, sacudiendo sus guedejas rubias con enfado y taconeando con impaciencia hasta formar un hoyito en la arena, levantó la cabeza y preguntó

en un tonillo compungido y temeroso:

—¿Me dejas ir con las muchachas á la fuente de la carretera, tiitaa?...

Tía Calixta no costestó al pronto y en la fresca carita de la niña se vislumbró una angustia muy grande. ¡Si la negarian el permiso!... ¡Como estaba á punto de anochecer!... ¡Dios mío!... Era cosa de rezar un padre nuestro para que su tía se ablandase. ¡Qué crueldad!... Hallándose la fuente tan cerca de la gran

ja... Además, si fuese sola... Pero con la compañía de las criadas nada podía pasarle. Por fin, después de pensarlo mucho, la esfinge se dignó desplegar los labios y tía Calixta exclamó:

—¡Anda, vé, pero no correees, que luego te sofocas, y sobre todo ten cuidado de no mojarte...

Jesúsita comenzó á palmoear de gozo al oír á su tía, y echando á correr por la explanada de la casa, con la rapidez de la bala, de los seis años, se metió en la cocina de la granja en busca de su botijito de barro, mientras tía Calixta permaneció en el balcón, atisbando desde allí con mirada escudriñadora, como si quisiese descubrir algo en la lejanía, la blanca carretera que culebreaba por entre los sotos verdes, en derechura al pueblo.

Tía Calixta ofrecíase en el balcón muy perjeñada y compuesta como si esperase visita, y sus atavíos y la suave claridad del crepúsculo le rebajaban á la pobre mujer los estragos causados por la edad en la persona y le disimulaban su fealdad supina. Porque cuidado que era fea... En la comarca la llamaban «cara de cerdo» y tenía el rostro fofó y lacio, entre pálido y bermellón de color de hígado, prominente de pómulos y chupado de carrillos y oculta la frente, bajo la que chispeaban dos puntos de luz por ojos, por una cascada de ricillos rubios postizos, que el propio pelo no andaba muy abundante. Aquella noche aguardaba la vetusta solterona al juez y al procurador del vecino pueblo con sus monumentales esposas, y sobre todo al barbilindo boticario, un mozo todo guiños, suspiros y melancolías, no se sabe si por tía Calixta sólo ó por la finca de su hermano el viudo, y que parecían haber llegado hasta la mismísima évea del corazón de la solterona. Ello es que en las inmediaciones se hablaba mucho de tales galanteos, y que dentro de un rato el faetón de la granja se traería al boticario á pasar la verbena con su trasnochado y añejo-tormento.

Y en estas y las otras, remangada hasta el codo y con su botijo descansando en la cadera, íbase Jesúsita camino de la fuente, en la compañía de las dos criadas de la casería que llevaban sus cántaros panzudos bajo el brazo. Persiguiéndose con alegre retozo, arrancando margaritas de las lindes del sendajo y prendiéndose en el seno, canturriando; corriendo detrás de la niña que se reía á carcajadas y apretaba al galope con grave riesgo del botijo, desembocaron las tres en la carretera, cortando por entre las breñas del soto y dejando á un lado la puerta de hierro de la cerca de enfrente, en medio de un grupo de recios álamos, y techada por un dosel de fronda se erguía la fuente, al borde de la carretera, respaldada en un altozano erizado de zarzamoras y llamando al sediento viandante con el grato burbujeo de los dos frescos chorros de sus caños.

Llegaron mozas y niña á la fuente, colocaron los cántaros en los poyos de piedra bajo los pitones de los caños, y aguardando á que las vasijas se llenasen sentáronse las criadas en el borde del pilón, mientras Jesúsita, para entretener la espera, se dió á perseguir con un palitroque los bichejos que nadaban en el agua. Comenzaba á anochecer y la obscuridad se esparcía lentamente disfumándolo todo en la llanura; allá, no muy lejos, hundiéndose en la sombra, se desvanecía el pueblo, empezando á fulgurar desperdigadas y temblonas las luces de sus hogares; á un lado, junto á los huertos



de exramuros de la población y por entre los árboles, resplandecían llamadas de incendio que arrojaban al espacio madejas de humo embalsamando el ambiente con olores de hierbas aromáticas quemadas; la brisa se traía de allí ecos de cantares, rumores de guitarrero y griterío de gente como si en la hoyada se celebrase alguna fiesta.

De pronto atisbó una de las fregonas el llamear de incendio del llano, y encarándose con su compañera, le dijo señalando á la lejanía:

—¡Oye, oye, tú Rufa!... Mía los pingones del pueblo ya han emprendido las fogatas de San Juan!...

La Rufa miró hacia donde su amiga le indicaba, y bajándose de un salto de su asiento, exclamó resuelta, con acento convencido é inclinando el busto sobre el pilón:

—¡Pues entonces ya podemos lavarnos la cara pa que se nos afine y se nos ponga mejor mayormente!...

Y zambullendo las manazas en las ondas, las dos maritornes comenzaron á echarse á hozadas el agua por el rostro, lavándose á restregones con terrible furia. Jesusita se quedó absorta, dió tregua á los bichejos y preguntó muerta de curiosidad:

—¿Pero qué hacéis?

La Rufa levantó la cabeza, se irguió, miró á su amita con la cara empapada y las pestañas bordadas de gotas y la respondió sorbiéndose el líquido hilo que la escurria, hasta colársele por la boca:

—¡Anda, lávate tú también, hijita!... ¡Mira que las mozas feas que se chapuzan con agua de la fuente en víspera del Sr. San Juan, se vuelven guapas, y las guapas se hacen muy lindas!...

¡Qué cosa tan rara!... ¡Nunca lo había ella oído!... Eso debía de ser algún milagro del santo!... Pero la Rufa hablaba con una fé que no cabía la duda, y como la muchacha sabía por su tía Calixta que para los santos y las vírgenes no hay nada imposible, sin vacilar más, hundió en el agua sus manitas de azucena y se chapuzó el sonrosado rostro con estrépito.

De repente le chispeó á Jesusita en el magín una idea rarísima. Se enjugó la cara, tomó su botijillo, lo metió de golpe en el pilón, lo sostuvo para que no se lo llevase la corriente á la canal de desagüe, y cuando dejó de hacer pompas indicando que estaba henchido, lo izó en alto, dejándole en el borde de piedra. A su vez las dos fregonas preguntaron á la niña sin comprender su arranque:

—¿Por qué no has llenado del caño?

—¡Ya lo veréis!... replicó la mocita con aire de misterio; y secándose todas tres, cogieron sus cacharos, atravesaron la carretera, y entrándose en el soto por el sotillo por donde habían salido, se enderezaron de retorno á la casería.

A poco llegaron al alto donde se erguía la casa; las maritornes, ladeándose á la izquierda, penetraron por el portón del corral á la cocina, y Jesusita, siguiendo su rumbo se plantó en la plazoleta de la entrada principal, en la que charraban al fresco y á la luz de la luna sentados en corro sobre sillas de paja seis u ocho personas; el padre de la niña, tía Calixta, el juez y el procurador del pueblo con sus señoras y el galante boticario, que no dejaba el palique con la hermana del granjero.

Al ver á su sobrina, hizo tía Calixta un corte en su diálogo con el almiarado pretendiente, y encarándose con la muchacha le dijo con enojo:

—¡Vamos, vamos!—¡Yo pensé que no volvías en toda la noche!—¿á qué fuente habéis ido?





Jesuita no replicó al pronto; luego exclamó como contrariada, y con cierto tonillo irónico sin responder concretamente á las palabras de su tía:

—Si te incomodas conmigo no te daré esto!

—¿Y qué es eso? preguntó tía Calixta con asombro.

Entonces Jesuita se adelantó, elevó el botijillo, y entregándoselo á la emperejilada solterona, con un tono de inocencia en el que no se vislumbraba ni el menor asomo de malicia, y que arrancó una carcajada unánime en los tertulianos, exclamó la niña muy ufana, mientras la cuarentona escondía su rabia y su vergüenza en la sombra:

—Pues agua de la fuente para que te laves la cabeza, porque todas las personas que se lavan esta noche las vuelve el Señor San Juan bonitas!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

FRAGMENTO

El sueño final dormía tendida en fúnebre caja con blanca y negra mortaja la joven madre María.

Y hallando el acceso franco, un niño en la sala entró, y muerta á su madre vió; vestida de negro y blanco.

Miró el niño el cuerpo inerte, con infantil impiedad; estaba en la tierna edad que aun ignora que haya muerte;

Mas causáronle estupor aquellas manos en cruz, y aquel traje y tanta luz de su madre en derredor.

Un mancebo por detrás asiéndole con cariño, sacó de la casa al niño, que á su madre no vió más.

En un templo cierto día dar vió reverente culto

á un triste y hermoso bulto, que blanco y negro vestía.

Cercábanle ardientes cirios; las manos le vió cruzadas, y en el pecho siete espadas indicando sus martirios.

«Mirad á mi madre allí!» el niño al punto exclamó.

Un joven le dijo: «No»;

le dijo una anciana: «Sí».

«Lo es tuya de varios modos, María que allí se vé.

—María mi madre fué.

—María es madre de todos».

Juntó con piadoso error el niño (y hombre las junta) la madre que vió difunta con la madre del Señor,

Y dulce interés despierta oírle en voz conmovida:

«Primer recuerdo en mi vida fué ver á mi madre muerta.»

JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH

GALERÍA ARTÍSTICA



DIBUJO DE J. PASSOS



TEMPESTADES

Silbaba el viento furiosamente haciendo estremecer la ruinosa casucha por entre cuyas grietas penetraba el agua que se desprendía de las nubes apiñadas y negras. A segundos, iluminábase el espacio con la luz vivísima del relámpago y oíase á seguida el tableteo estridente del trueno que prolongaba el eco de la sierra. Encorbábanse los árboles á impulsos del huracán que arrancaba con impetu vigor los pedruscos de la montaña, y se escuchaba, de vez en cuando, el ahullido del lobo hambriento que husmeaba la presa.

Tenía reclinada sobre mi hombro su cabecita rubia y sentados sobre el negruzco banco, único mueble que encontraríamos en la miserable choza que nos servía de albergue, permanecíamos silenciosos, rebuscando cada cual, allá en lo más hondo de su cerebro, recuerdos y reminiscencias de pasadas alegrías y adormecidos ensueños de ventura.

A intervalos, estremeciase su delicado cuerpecito y sus manos temblorosas oprimían las mías como si demandaran protección contra la tempestad que se desencadenaba sobre nuestra cabeza. Entonces, mirábala yo con fruición indecible y acudía á mi memoria el recuerdo de horas felices que trascurrieron rápidas y fugaces como los resplandores eléctricos que iluminaban la atmósfera.

Cien veces, como aquella tarde, nos había sorprendido la tempestad, al recorrer juntos, alegres y enardecidos aquellas colinas revestidas de vegetación exuberante, y otras tantas nos había dado albergue hospitalario la pobre casucha que nos cobijara. Bajo aquel mismo techo habíamos esperado á que se alejase la tormenta, ella, estremeciéndose entre mis brazos dominada por el miedo, yo procurando reanimar su espíritu, con caricias de amor apasionado.

Entonces, la felicidad anidaba en nuestros corazones, nos sonreía el porvenir y la naturaleza, aun en sus manifestaciones más imponentes, tenía para nosotros ecos gratísimos de armonía deleitosa y sublime.

¡Rudo contraste entre una y otra época!

Ella, unida á otro hombre que no la comprendía, había visto, una á una, extinguirse sus esperanzas y sus ilusiones de niña, como se extinguen las olas al resbalar sobre la menuda arena de la playa.

Yo, errante y desesperado y loco, buscando en los placeres materiales olvido á las amarguras que destrozaban mi alma, hastiado, con el virus de la hipocondría incubado en mi sangre; y con muchas sombras en el cielo y muchas dudas en el alma.

La casualidad nos condujo por distinto sendero al antiguo escenario donde en otro tiempo representáramos el idilio eterno, y al encontrarnos, huyendo de la tormenta atmosférica, estallaron en nuestros corazones dos tormentas más fuertes, más rudas, más horribles.

La naturaleza atronaba el espacio con su ruido espantoso.

Sentíamos nosotros el furor del infortunio irremediable que silencioso y mudo nos roía las entrañas, desencadenando tempestades de sentimiento.

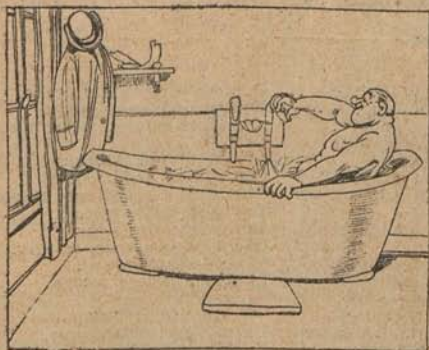
Pero las tempestades de la atmósfera tienen un desahogo: la lluvia.

Nosotros, como inducidos por un pensamiento mismo, nos miramos con ansia: nuestros ojos, enrojecidos, estaban secos.

¡No nos quedaban lágrimas!

FRANCISCO J. ESTEVAN.

CASO DESESPERADO



EL GUANTE

(De Schiller)

En los estrados del circo,
Do luchan monstruos deforme,
Sentado el monarca augusto
Está con toda su corte.
Los magnates le rodean,
Y en los más altos balcones
Forman doncellas y damas
Fresca guirnalda de flores.

La diestra extiende el monarca,
Ábrese puerta de bronce,
Y rojo león avanza
Con paso tranquilo y noble.
En los henchidos estrados
Clava los ojos feroces,
Apre las sangrientas fauces,
Sacude la crin indócil,
Y en la polvorosa arena
Tiende su pesada mole.

La diestra extiende el monarca,
Rechinan los férreos goznes
De otra puerta, y ágil tigre
Salta el palanque veloce.
Ruge al ver la noble fiera
Que en el circo precedióle,
Muestra la noble garganta,

Agita la cola móvil,
Gira del rival en torno,
Todo el redondel recorre,
Y aproximándose lento
Con rugido desacorde,
Hace lecho de la arena
Do yace el rey de los bosques.

La diestra extiende el monarca,
Se abre al punto puerta doble,
Y aparecen dos panteras
Tintas en rubios colores.
Ven tendido al régio tigre.
Y en su contra raudas corren;
Mas el león dá un rugido,
Y medrosos ó traidores
Los pintados brutos páranse
Y á sus piés tiéndense inmóviles.

Desde el alta galería
Blanco guante al sitio donde
Las terribles fieras yacen,
Revolando cayó entonces;
Y la bella Cenigunda,
La más bella de la corte,
A un gallardo caballero
Le decía estas razones:
«Si vuestro amor es tan gran-
(de

Cual me juráis día y noche,
Recoged el blanco guante
Como á un galán corresponde.»

Silencioso el caballero
Con altivo y audaz porte,
Desciende á la ardiente arena.
Teatro de mil horrores;
Avanza con firme paso
Hacia los monstruos feroces,
Y con temeraria mano
El blanco guante recoge.

Voz de júbilo y asombro
Los callados aires rompe,
Y damas y caballeros
Aplauden al audaz joven.
Ya sube al lucido estrado,
Ya está en los altos balcones,
Ya se dirige á la bella,
Ya con ojos seductores,
Cenigunda le promete
De amor los supremos goces;
Mas el altivo mancebo
Grita: «guarda tus favores»
El guante al rostro le arroja,
Y huye de ella y de la corte.

TEODORO LORENTE.



FIN DE SIGLO

Revista ilustrada

SE PUBLICA TODOS LOS MIÉRCOLES

Treinta y dos páginas de excogido texto ilustradas con prodigalidad
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENINSULA Y CANARIAS
Trimestre. 2 pesetas.
Semestre. 3'50 »

ULTRAMAR Y EXTRANJERO
Semestre. 10 pesetas.
Un año. 15 »

Administración, San Pablo, 66.—BARCELONA.

BATIBURRILLO

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Para pegar la madera al vidrio se hace una pasta en caliente con gelatina y ácido en tales proporciones que la solución adquiera una consistencia pastosa bastante para solidificarse por enfriamiento. Esta preparación se emplea caliente, y tiene tal consistencia, que cuando se enfría es imposible despegar el vidrio de la madera.

PENSAMIENTOS

El monólogo es humo de los fuegos internos del espíritu.

Hablar en alta voz y sólo, es como seguir un diálogo con el Dios que lleva uno dentro de sí mismo.

La obscuridad es una presión: la noche una especie de manto puesto sobre nuestra alma.

El pródigo es un ciego que vé el principio y no vé el fin.

Atropellar á la suerte constituye el genio.

Un sofista es un falsario que á veces trata brutalmente el buen sentido.

Estar demasiado sobre la defensiva indica un deseo de ataque.

No es lo mismo ser hurao que ser severo.

V. HUGO.

EL CAFÉ Y SUS EFECTOS

Entre los que han opinado sobre el café y sus efectos, según su mayor ó menor afición á esta bebida, damos á conocer el de un aficionado á ella en alto grado: dice que el café debe sus propiedades estimulantes y refrigerantes á la cafeína que contiene, como á la goma, azúcar, aceite, ácidos, caseína y fibra vegetal que lo constituyen. Como el té, aumenta la respiración como el pulso, disminuyendo la acción cutánea. Alleva la fuerza de la sangre, contrae los tejidos capilares, evitando la debilidad de éstos. Es un gran estimulante mental, siendo, por tanto, fácil viciarse como los que se vician con el abuso de los licores. Tomando con exceso produce insomnio, indigestión, acidez, cardialgia, temblores, debilidad, irritaciones, pulsación irregular y afección á la espina dorsal. En una palabra, el café afecta mucho al sistema nervioso, pero tomándolo con medida es el mejor remedio para combatir la debilidad nerviosa, como para la fiebre tifoidal; es además un excelente antídoto contra varias clases de sustancias venenosas. El café tomado con prudencia, es un remedio eficaz para el asma espasmódico, tos ferina, cólera infantil y asiático, y como preservativo en los casos de epidemia es uno de los más energéticos. Con el café administrado en pequeñas dosis se evitan las fiebres palúdicas en los distritos en que reinan.

CURIOSIDADES

Para conocer dónde y á qué profundidad se puede encontrar agua, valense en Italia del método siguiente:—Se toman 100 gramos de azufre, 100 de verdete, igual dosis de cal viva y otro tanto de incienso blanco; se reduce todo á polvo se mezcla bien y se coloca en una olla de tierra, nueva y barnizada, la cual se

acaba de llenar con guedejas de lana. Se cubre con una tapadera también de barro, barnizada, se pesa y se entierra en un hoyo de 30 centímetros de profundidad. A la veinticuatro horas se extrae y se pesa nuevamente; si resulta disminución de peso, es señal de que allí no hay agua; pero si hubiese aumento, será prueba infalible de que se encontrará el agua. Si el aumento fuese de 40 gramos, el agua se hallará á 21 metros de profundidad; si fuese de 80, á 14 metros; si de 120, á 10; si de 160, á 7; y si de 200, á 3 metros. La mejor época para hacer este ensayo es aquella en que la tierra no está ni demasiado seca ni muy húmeda.

CHIRIGOTAS

Una florista, á un poeta, en el pórtico de un teatro:

—Tome usted unos pensamientos, que buena falta le hacen!

En el boulevard:

—¡Carlos!

—¡Adios!

—¿Dónde vás, hombre? ¡Espera!

—¡Déjame; estoy desesperado!

—¿Pero qué te sucede?

—¡Que tu mujer me engaña!

—¿En que consiste que la baronesa de... va siempre á todas partes acompañada de su marido?

—¡Porque cuando se separa de él le dá mucha pena... volver á encontrarle!

Interrogatorio.

El juez.—Está probado que ha envenenado usted á su mujer con láudano.

El acusado.—No, señor juez. La he administrado una fuerte dosis nada más. Yo creo que usia no puede condenarme más que por ejercer ilegalmente la medicina.

FIN DE SIGLO

Soluciones a los pasatiempos del número anterior

Losange: R-Ros-Rosal-Rosalfa-Salmo-Lio-A.

Logogrifo: Figaro:

Cuadro mágico:

2	7	6
9	5	1
4	3	8

Problema—12 3 3=18

24—3—3=18

24 3+3=18

162 : 3 : 3=18

200

Geroglífico.—Entre santa y santo, pared de cal y canto.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

123456789—Tierra sembrada de cierta planta.

43218675—Apellido real.

8392446—Nombre de un regimiento español.

295483—Verbo.

92675—Arma.

8942—La visten los curas.

723—En Rusia.

95—Nota.

1—Consonante.

PEPITO COCA

ESTRELLA

S R
.
.
.
T A A
.
G R
O

Sustituir los puntos con letras y hallar cuatro ciudades en la península ibérica.

CHARADA

Letra es una segunda letra es r tercera El que tres dos de hijo muestra temor. Un varón es el todo, letra es tercera Y de todo me río que es un primor.

GEROGLIFO MUSICAL

Fa la si fa si fa mi la do re si do la mi re, sol la do si la mi la do mi sol la si do, la do re.

GEROGLÍFICO



Las soluciones en el número próximo.

MAÑANA SALE

la biblioteca del

con la interesante novela, original del conocido escritor D. V. S. Casañ, titulada

HERMAN EL BANDIDO

ilustrada con profusión de grabados intercalados en el texto, debidos al distinguido dibujante D. J. Pasos.

Precio de cada volumen **15 céntimos!!**

TOMOS PUBLICADOS.—Tomo 1.º—Crímenes de la honradez.

En preparación; Tomo 3.º